



Donde la fe echa raíces

La Universidad Adventista de Fulton llevaba más de setenta años establecida en las verdes colinas de Tailevu. En el campus, los estudiantes tenían que cruzar ríos en pequeñas embarcaciones, caminar por senderos emparrados y dormir en antiguos dormitorios de madera. ¡El viento hacía crujir los dormitorios por la noche! Pero los estudiantes seguían asistiendo porque la Universidad Adventista de Fulton los ayudaba a aprender a pensar en grande y a servir a los demás.

Un día lluvioso, el director de la universidad convocó a los profesores a reunirse bajo el techo de la capilla, por donde se filtraba la lluvia.

—Tenemos dos opciones —dijo—: Podemos quedarnos aquí y empeorar, o mudarnos a un lugar mejor y crecer.

Todos se miraron entre sí. ¿Trasladar toda una universidad? ¡Eso parecía imposible! ¿Cómo adquirirían el terreno? ¿Cómo construirían las aulas? ¿Y quién pagaría todo eso?

Esa noche, una profesora joven llamada Mere oró en su habitación. "Señor", dijo, "si quieras que Fulton se mude, por favor, muéstranos qué debemos hacer".

La mañana siguiente, llegó un mensaje sorprendente. Los líderes de la Iglesia Adventista del Séptimo Día habían elegido a la Universidad Adventista de Fulton para que se beneficiara de la ofrenda del decimotercer sábado de 2009. Eso significaba que adventistas de todo el mundo donarían dinero para ayudar. Mere corrió por el campus gritando:

—¡Dios nos escuchó!

Pronto se encontró un terreno para la universidad. Había cocoteros y una carretera

pavimentada por donde pasaban los autobuses. Llegaron arquitectos con grandes planos. Proyectaron una nueva escuela con aulas, una biblioteca, laboratorios de informática, un comedor grande y modernos dormitorios. Pero había un problema importante: aún no había suficiente dinero.

Aun así, los constructores se pusieron manos a la obra. Uno de ellos se reía: "Nuestro cemento es el más fuerte, ¡porque está mezclado con oraciones!"

Una simpática cocinera llamada Laisa ahorró la mitad de su sueldo para comprar tenedores para el nuevo comedor. "Los estudiantes deben comer con dignidad", decía.

El 12 de febrero de 2014, el nuevo campus de la Universidad Adventista de Fulton abrió sus puertas bajo un cielo soleado. Los estudiantes aplaudieron, sonaron conchas marinas y todos cantaron: "¡Oh tu fidelidad!"

Las clases comenzaron con 450 estudiantes, que acudieron para aprender a cómo dirigir un negocio, cómo ser maestros, cómo servir a Dios y otras habilidades importantes.

Una de las estudiantes que se llamaba Sera era callada y tímida. Bajó del autobús con su mochila en la mano. Estaba preocupada, porque casi no tenía dinero.

—Vine con fe, pero sin dinero —dijo Sera—, y le dije a Dios: "Si quieras que estudie aquí, por favor, ábreme las puertas".

Y Dios lo hizo. Primero, una iglesia de Samoa le dio algo de dinero. Luego consiguió un trabajo en la biblioteca. Despues recibió un regalo sorpresa: justo lo necesario para pagar todos sus gastos. Sera lloró de felicidad. "Dios siempre es puntual en los pagos", dijo.

Sera no solo recibió instrucción académica en la Universidad Adventista de Fulton. Sus amigos la invitaron a ir a la adoración matutina, los maestros le enseñaron sobre Dios. Una noche, después del estudio bíblico, Sera miró las estrellas y dijo: "Jesús, creo que tú me amas".

Sera se bautizó en un pequeño estanque detrás de la capilla, mientras sus compañeros cantaban.

Hoy, la Universidad Adventista de Fulton tiene más de mil estudiantes. Algunos pasean entre las flores que florecen en el campus. Otros estudian en aldeas lejanas. Aunque los estudiantes estudian diferentes materias, todos aprenden a ayudar a personas.

Cuando el ciclón Harold azotó Fiyi en 2020, la Universidad Adventista de Fulton se convirtió en un lugar seguro contra el viento y la lluvia. Los estudiantes cocinaron para las familias que perdieron sus hogares. Los estudiantes de Administración de Empresas organizaron los suministros. Los estudiantes de Teología oraron con las madres asustadas. El jefe de una aldea dijo:

—Su universidad es una luz en medio de la tormenta más oscura que hemos vivido.

La historia de la Universidad Adventista de Fulton fue escrita por muchos colaboradores:

La viuda en Perú que dio sus monedas en la iglesia.

El carpintero que clavó los techos bajo el sol abrasador.

El profesor que se quedó hasta tarde para calificar los exámenes.

El estudiante que confió en Dios para pagar sus cuotas escolares.

Sera está estudiando para ser profesora. Una tarde, se quedó fuera de la biblioteca en la que trabajaba limpiando. Pensó en los niños a los que enseñaría algún día y sonrió.

"La Universidad Adventista de Fulton cambió mi vida", dijo. "Ahora yo quiero ayudar a cambiar la vida de otros".

¡Gracias, amigos de todo el mundo! Sus oraciones y donaciones no solo ayudaron a construir una escuela: construyeron un lugar donde la fe crece y se fortalece, donde los estudiantes aprenden a ayudar a otros y donde los jóvenes líderes descubren que lo mejor de todo es servir.

Parte de la ofrenda del decimotercer sábado del cuarto trimestre de 2009 ayudó a construir el nuevo campus de la Universidad Adventista de Fulton. Gracias por tu ofrenda de este trimestre, que apoyará proyectos de salud infantil en las Islas Salomón y Vanuatu.

- ¿Sabías que una concha tiene una cubierta exterior dura para proteger a un caracol marino que vive en su interior? Algunas culturas del Pacífico Sur soplan en una concha vacía y la utilizan como cuerno. El sonido que emite se utiliza para anunciar acontecimientos especiales o la llegada de personas importantes.

- Puede bajar fotos de este relato en Facebook en el enlace bit.ly/fb-mq.